

# LA VOZ DE LA CARIDAD.

N.º 162.—1.º de Diciembre de 1876.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## Á MARÍA VICTORIA.

Faltaríamos á un deber, sagrado como todos, si no uniéramos nuestra voz á las del dolor verdadero que lamentan la muerte de una mujer que hacia mucho bien.

Los grandes y los poderosos de la tierra solo por serlo nada merecen ni reciben de nosotros; pero si son virtuosos é infelices, no hemos de negarles compasion y justicia porque Dios los colocó muy alto. Ni sobre la ley ni fuera de la ley ponemos á nadie: ni aduladores ni detractores somos; pero si rechazamos por viles las palabras de la lisonja, tambien creemos que hay silencios culpables y vergonzosos.

Cierto, cuando se trata de gente poderosa, el elogio ha de ser muy parco, ya porque deben más los que más pueden, ya porque la propia dignidad exige no tener ni aun las apariencias de la bajeza. Hemos cumplido este precepto, exagerándole tal vez, cuando la duquesa de Aosta era reina de España. Ella fué la primera bienhechora de nuestros pobres, y ni su nombre, ni sus iniciales siquiera, han aparecido nunca en las columnas de LA VOZ DE LA CARIDAD: nos contentábamos con bendecirla en nuestro corazon: el suyo no necesitaba más. Nunca la olvidaremos, nunca, porque la amábamos. Los tristes que procuran consolar y consuelan, son bien dignos de ser amados.

El gran misterio de la muerte envuelve ya á María Victo-

ria: podemos celebrarla sin que su modestia se ofenda, y la triple majestad de la virtud, de la desgracia y de la muerte, recibir nuestro solemne homenaje. Homenaje sentido como la expresion del amor, sincero como la verdad, humilde como hecho en nombre de los pobres; el suyo, que ellos bendecian, viva en la memoria de los que son capaces de honrarle. Nosotros le pronunciamos dolorida y respetuosamente, no entre el zumbido desacorde de las encrucijadas, sino en medio de los lectores de LA VOZ DE LA CARIDAD, que no consideramos como público, que no lo son. No pensamos que haya entre ellos ninguno que nos crea capaces de mentir sobre los sepulcros, ni de la vil hipocresía de disfrazar la pasion ó el interés con el sagrado manto del dolor.

Damos lágrimas á la que enjugó tantas.

Hacemos justicia á la que dió alto ejemplo.

Nos arrodillamos sobre una tumba.

CONCEPCION ARENAL.

JION 20 de Noviembre de 1876.

## EL TRABAJO DE CARIDAD.

Más de una vez se han ocupado las columnas de nuestra Revista, en demostrar las excelencias del trabajo, bajo los distintos aspectos que se recomienda á todos los hombres pensadores.

Despues de las funciones de nuestra alma, que es lo que más nos distingue de los demás séres creados, la actividad del espíritu y del cuerpo es una de las primeras condiciones que ennoblecen á la criatura humana y la hacen sobresalir en el concierto admirable de la organizacion física y social del mundo.

Nadie se admira de la inmovilidad de la materia ni de la quietud ociosa en que yacen los séres irracionales mientras no los excite una causa exterior; pero esa quietud inactiva repugna en el hombre porque contraría los fines del Criador, que le destinó al movimiento y al trabajo material é intelectual, en vez de dejarle abandonado á una holganza tan perjudicial para sí mismo, como inútil para los demás.

Ni siquiera merece descubrirse la razón única que suele alegarse en defensa de la ociosidad, consistente en lo innecesario que es el trabajo cuando se trata de las muchas personas afortunadas que no fundan en él los medios de subsistencia. El que no tiene, ó cree no tener necesidad de trabajar para sí, tiene el deber moral de hacerlo para los demás, que son sus hermanos. Desconocer este deber, es entregarse á la ilusión egoísta y engañosa de que el mundo se haya hecho para goce y regalo de unos pocos á costa de los esfuerzos laboriosos de otros muchos.

Y téngase en cuenta que en la palabra *trabajo*, aplicada á nuestro objeto, no se comprende solo el manual ó mecánico. Desde el sabio que estudia en el silencio de su gabinete los problemas más elevados de la ciencia, desde el estadista y el filósofo que ocupan su tiempo en ventilar las cuestiones sociales y morales, desde el sacerdote que evangeliza, y el padre que educa, y el profesor que enseña, y el guerrero que combate, y el marino que navega, hasta el simple jornalero que labra la tierra ó el industrial más subalterno que prepara las primeras materias, la sociedad no es, ni se concibe que pueda dejar de ser, más que un inmenso laboratorio de la actividad humana. Para concebir la posibilidad de que ese laboratorio paralizase su acción fecunda, sería preciso renunciar, no solo á los esplendores de esa civilización progresiva que tanto nos encanta, sino á las más triviales condiciones de la vida más miserable y sencilla.

Ley del trabajo dictada por Dios á la humanidad como castigo por la falta de nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, ha venido á ser una condición indispensable de nuestra existencia; que así quiso sábiamente su Omnipotencia divina y bondadosa, hacer de un castigo el manantial más fecundo en bienestar para el mundo entero.

Pero las excelencias del trabajo tienen aspectos muy diversos. Desde el punto de vista elevado y general en que acabamos de considerarlo, descendamos á otro que parecerá quizás su antítesis mayor por lo que tiene de sencillo, de práctico y de prosáico. Nos referimos al trabajo para los pobres.

Caridad es verdaderamente todo el bien que se hace á nuestros hermanos desdichados, desde los dones opulentos del rico hasta la mezquina limosna ó la simple expresión de simpatía de un pobre á otro pobre: y quizás en ocasiones dadas, ante la mirada escrutadora de Dios, que penetra el corazón y las intenciones, sea más aceptable el óbolo del pobre, que el donativo mag-

nífico del rico. ¡Consuelo y aliento grande para todo el que tenga inclinacion á hacer bien! No se necesita para ello poseer los tesoros del mundo: basta tener los de un amor compasivo al prójimo.

El pobre lo necesita todo: unas veces lo pide; otras hay que adivinarlo. Suele especialmente carecer de ropas, porque la necesidad más apremiante es la del alimento que lo mantenga y la de una casa donde cobijarse, aunque sea mezquina cabaña de ramaje. La falta ó insuficiencia del vestido constituye los *harapos de la miseria*, que son el espectáculo con que más dolorosamente se ostenta la pobreza.

Natural es, pues, que las personas que ven esto y tienen voluntad de remediarlo en la proporcion de sus recursos, se ocupen con preferencia en facilitar ropas á los pobres, cumpliendo así uno de los consejos de amor consignados en el código de las obras de misericordia, cuando recomiendan *vestir al desnudo*.

Ese consejo caritativo tiene siempre aplicacion, pero la tiene mucho mayor en esta época del año, en que el invierno empieza á desarrollar todos los rigores con que va á afligirnos.

¡Invierno! ¡Frio! ¡Nieve!... Hé aquí palabras que suenan bien á los oídos del que las oye abrigado junto al hogar consolador de una buena chimenea, pensando en el convite y en el teatro, en el baile y en todos esos placeres á que tanto se presta el invierno; pero palabras terribles que tanto aterran al pobre cuando de todo carece, que en verano vive casi al aire libre y apenas necesita escasa ropa, mientras que en el invierno le esperan los tormentos del frio, sin poderlos combatir con el abrigo de las ropas ó con el calor vivificante de la hoguera doméstica.

Hay dos modos de atender á esa necesidad de las clases pobres: comprar las ropas ó hacerlas personalmente. Bueno es el primer medio; no le rebajaremos en lo más mínimo su mérito, y ojalá que todos los que pueden hacerlo, al empezar sus preparativos de defensa contra el frio, pensáran un poco en el pobre y le ayudáran, facilitándole alguna ropa hecha, nueva ó usada, para combatir aquel enemigo.

Pero aunque esto es caridad muy recomendable, hay otra más sublime, más tierna, más propia especialmente de la mujer, cuyo corazon parece hecho para los sentimientos de ternura y de amor, y es el confeccionar personal y materialmente las ropas destinadas á los pobres. Veamos la comparacion de uno y otro sistema.

Cualquiera persona de buenos sentimientos sabe que una familia desdichada sufre desnudez y frío, y llama á un criado, manda comprar ropa hecha ó buscar desechos de la que hay en la casa, la envía á aquella familia, y queda satisfecha. Lo debe estar en efecto, y recomendamos á todos el ensayo de esta satisfaccion. Pero esa misma persona puede hacer algo mucho mejor, si sus condiciones se lo permiten, y es ocuparse (cuando se trata de mujeres) en confeccionar las ropas, es decir, trabajar materialmente para los pobres.

A primera vista el resultado parece igual, y aun mirada la cosa bajo un punto de vista meramente utilitario, parecerá que el que compra las ropas hechas gana un tiempo que consume el que las hace; pero esto es un error del egoismo que á veces se infiltra hasta en los mejores procedimientos.

El que trabaja personalmente para los pobres, empieza por pensar en ellos, y este pensamiento, cuando es frecuente y detenido, ha de ser necesariamente generador de obras buenas. Las manos que cosen ropilla para un recién nacido ó abrigo para el jornalero y el anciano enfermo, traen á la memoria el desamparo de ese niño, la necesidad de ese obrero, el desabrigo de ese viejo y el bienestar confortable que unos y otros han de sentir con el calor reparador del abrigo.

Hay, pues, en esta tarea una especie de comunicacion y de atraccion magnética, que se opera entre el obrero de la caridad y el pobre para quien se destina su trabajo; y lazos de esa clase, corrientes de compasion emanadas de tan buen origen, es lo que necesita la sociedad actual, para estrechar distancias y realizar la verdadera, y no la utópica, fraternidad, derritiendo al calor de la caridad amorosa, ese muro de hielo que suele formarse con el egoismo duro de los ricos y con la envidia rencorosa de los pobres.

Que esto es una verdad, lo saben los que han practicado ese benéfico trabajo. Difundidos por toda España, hay pequeños talleres domésticos de caridad, en los que damas opulentas y señoras de clases acomodadas, no desdeñan ocupar sus finos dedos en el cosido de la ruda tela ó en el tejido de lana burda, para hacer trages de pobres.

Por eso la seccion modesta con que suelen encabezarse los números de esta Revista, dando las gracias por los donativos que recibe nuestra Redaccion con destino á los pobres, es una sencilla crónica de diversas obras que merece leerse y excitar el interés de las personas que abriguen sentimientos caritati-

vos. En esas crónicas, suele haber incógnitos para el público, que no lo son ciertamente para Dios: bienhechores modestos que hacen el bien ocultándose bajo la indicación de unas iniciales, las cuales encubren á veces misterios que el mundo se complacería en penetrar.

En el número de 1.º de Noviembre, hay uno de esos anónimos, que hasta las iniciales ha suprimido, en que se dan las gracias á una persona que no quiso decir nombre alguno *por muchas prendas de abrigo recibidas para niños pobrecitos*. ¡Ah! ¡si mis compañeros de redacción (de quienes ahora estoy ausente) supieran lo que yo he logrado saber sobre esto y lo que quisiera y no puedo revelarles! ¡Si las pobres madres que tendrán sus niños abrigados con esas prendas de ropa, supieran qué clase de manos aristocráticas han sido las costureras de esa ropa!... Velo santo de modestia, digna de respeto, falta de autorización para hablar, y temor de ofender lanzando á la publicidad lo que se ha hecho con reserva, me impiden descubrir á los demás lo que yo he descubierto; pero lo sabe Dios, lo utilizan los pobres, y esto hasta sin duda á esas ilustres operarias.

¡Lluevan bendiciones y venturas sin cuento sobre las personas que así ocupan su tiempo, que así saben ejercer la caridad, que así saben *trabajar*, aunque parecían dispensadas de ello por su elevada posición!

Ese trabajo será fecundo aunque se elabore en el silencio y se reparta con misterio. Las pobres abrigadas, bendecirán á sus desconocidas bienhechoras, pedirán á Dios por ellas, y si siempre es lícito esperar mucho de la caridad divina, más puede esperarse aún cuando se la invoca por corazones agradecidos en favor de sus bienhechores.

FAUSTO.

## LA PEREZA.

Hablar de pereza en España es... hablar de la mar. Desde el más chico al más grande, desde el más alto al más bajo, la aspiración general es no hacer nada, ó por lo menos, reducir

cada cual el trabajo á la menor cantidad posible; poco importa que el lucro se aminore, con tal de que el trabajo disminuya tambien.

Tentaciones sentimos de soltar la pluma, porque á las mientes se nos viene aquello de que "un ejemplo vale más que cien consejos;" y apuradillos nos habíamos de ver en esto de dar ejemplo en cuestion de actividad. Mas como siempre hemos aborrecido esos parrafitos en que el autor proporciona un buen rato á sus pacientes lectores hablándoles de su personalidad, y como, por otra parte, para nada hace al caso saber si el tomar la pluma nos cuesta más ó menos trabajo, hacemos caso omiso de esta para nosotros espinosa cuestion, y... pasamos adelante.

Sentado ya que la pereza es condicion principal de nuestro carácter, ocúrrenos la idea de si esta tendencia podrá influir en contra de la Caridad. Y á poco que reflexionemos, vemos que, con efecto, es muchas veces causa de que deje de ejercerse, ó por lo menos, no lo sea con la debida atencion y esmero aquella sublime y santa virtud.

Relatad ante una concurrencia más ó menos numerosa cualquier suceso desgraciado con el propósito de remediarlo, y es bien seguro que ninguno de aquellos corazones dejará de palpar, asociándose á vuestro humanitario designio; pero decid á aquellas mismas personas que es necesario su concurso para llevar aquel á efecto; decidles que se levanten, que se muevan, y muy pocos (no me atrevo á decir ninguno) responderán á vuestro llamamiento. Fáciles de *impresionar*, y difíciles de *alterar*, dejarán apagar, *por no moverse*, la generosa llama que vuestra narracion encendiera en sus almas.

Y si esto es, desgraciadamente, cierto, ¿á qué série de tristes pensamientos no da lugar? ¡Qué! Un sentimiento tan puro y elevado como la Caridad, ¿ha de hallar á las veces insuperable entorpecimiento en esa apatía criminal?

Quédese la pereza para dejar de acudir al llamamiento de los placeres con que nos brinda el mundo. Mas ¡ah! que la vanidad y el interés, esas dos palancas que mueven la humanidad, arrastrándola en vertiginoso torbellino, é inquieta por hallar una felicidad tras la que corre ciega, pierde lastimosamente el tiempo en cumplir una multitud de enojosas obliga-

ciones que ella misma se impone, y se encuentra *cansada* cuando llega la hora de hacer el bien.

Por más que nos sea triste confesarlo, no podemos dejar de reconocer que la inmensa mayoría de la sociedad que no atiende como debiera á sus hermanos desvalidos, lo hace, no porque su corazon no sea capaz de sentir la Caridad, sino porque, cansada con las atenciones que el mundo le proporciona, *siente pereza* al tener que ocuparse de esa mision. ¡Que á veces pequeñas causas determinan grandes acontecimientos, como imperceptibles obstáculos impiden el cumplimiento de los más santos deberes!

¡Miserable condicion humana, siempre en lucha consigo misma!...

Mas que los que siguen el buen camino no desmayen en tan noble empresa; y atentos solo á la voz del deber, no se detengan á contar las dificultades que tienen que vencer, porque si inmensa es la obra, grande será tambien la recompensa.

ESPERANZA.

## LAS BUENAS OBRAS.

Hay en el batallon generoso de los que se consagran á obras de caridad, dos clases de soldados; los primeros son como los batidores, los húsares (no me atrevo á llamarlos hulanos) que van á la descubierta, y obrando con rapidez vuelven luego á su tienda; los otros amigos de gerarquías y de organizacion, forman la milicia regular. Estos adoptan para ejercitar su caridad, una ó varias de las obras ya establecidas, y hacen el bien conforme á ciertas reglas, y sometiéndolo á cierto orden. Los primeros se distinguen por la audacia y expontaneidad; los segundos por la constancia y obediencia. Entre los primeros se deberá contar la jóven rica, que habiendo sabido que su pobre vecino comerciante carece de dinero para pagar un vencimiento, le envía el que tenia destinado para comprarse una gala; y la jóven que dejando á un lado sus músicas y bordados, se dedica á preparar la canastilla de una pobre que va á parir y no tiene medios para preparárselos, y la madre de familia que



abandona las faenas de su casa para ir con diligencia á socorrer á un enfermo; en fin, se deberá contar tambien en ellos el jóven que organiza un guante, cuestacion ó lotería para socorrer á un obrero imposibilitado de trabajar. En ellos una circunstancia excepcional habia excitado su entusiasmo caritativo, se han mostrado fieles en cumplir el mandato de la Providencia, y tan luego como se ha cumplido la obra caritativa vuelven á su vida normal, siempre dispuestos á abandonarla á la menor señal que indique que alguno sufre y necesita de sus auxilios ó de su ayuda.

Otros, menos osados, solo se entregan á ejercitar su caridad en obras ya establecidas y conocidas, en los que el ejemplo de los demás fortificará su valor, y en los que podrán ser guiados por una prudente é ilustrada direccion. Ahora bien, estas obras existen por doquiera en gran número, y son el inmortal honor de la Iglesia y de la Francia, en donde el ejército del *bien* es igual en número al del *mal*.—Ea, pues, mis queridas lectoras: si deseais visitar á los pobres, verlos en su casa, en su triste *buhardilla*, hablad con ellos para hacerles bien, escuchándolos primero y aconsejándolos despues; ahí teneis las *conferencias* de mujeres, que existen en casi todas las ciudades, villas y aldeas... y para ingresar en ellas no necesitais esquelas de introduccion, bástaos una buena reputacion.—No necesitais poseer una gran fortuna, os basta con tener buena voluntad. Presentaos á la presidenta, que despues de consultada en junta de señoras, os recibirá en el número de las obreras de la caridad.—Se os confiarán una ó dos familias, para cuyo socorro se os suministrarán *bonos* de pan, de carbon y leña, en el invierno sobre todo; ireis á visitarlos y (como por lo comun el visitador y el visitado tienen cierta mútua timidez uno del otro), os ireis familiarizando recíprocamente, y en la primera junta á que asistais despues de las primeras visitas, defendereis con calor los intereses de vuestra familia, y tendreis el valor de pedir para ella socorros extraordinarios, como un jergon, una manta, y si os ponen obstáculos á su concesion, insistireis, convencereis y triunfareis. Esto hecho, ya estais lanzadas en el camino del bien.

—Las *obras caritativas de los enfermos*, tienen algo de más sério en su ejecucion, pues que reclaman una verdadera abnegacion de sí misma. El espectáculo de los dolores del prógimo conmueve nuestra sensibilidad, y muchos detalles en estas visitas repugnan á la naturaleza; así el peligro de contagio hor-

roriza á ciertas personas: para ejercitarse, pues, en tales obras se necesita tener el alma bien templada; como la de los primeros cooperadores de San Vicente de Paul, los cuales iban á los hospitales á asistir y servir á los enfermos con un celo y una humildad conmovedoras.—Tal era la de una santa mujer (para no citar más que un ejemplo) Madame Le Couteiller, la cual visitó á los enfermos en la parroquia de San Sulpicio, desde 1840 hasta su muerte, acontecida en 1856, no habia ninguna clase de servicios que no les prestase, así es, que los lavaba, los peinaba, los curaba las heridas y hasta les barria las casas, y quitaba el polvo de sus muebles.—Fue, como decia despues de su muerte el inolvidable M. Hamon, el modelo más perfecto que se podia indicar á la imitacion de sus correligionarios. Recordamos tan bello ejemplo, para aquellos que se proponen seguir esta senda espinosa y admirable.

La obra de los enfermos pobres, existe en las grandes ciudades, en que se los visita á domicilio por lo general, se los ve, se los consuela, se les da bonos de caldo, de carne, de vino; se vigila al médico para que sea asistente, en fin, se vigila con prudencia por todas las necesidades espirituales, y por poca fé y poco corazon que se tenga, se hace ciertamente un gran bien.

La *obra de la caridad maternal*, á la que presidió en su tiempo María Antonieta, es preferida por las madres de familia, es conmovedora, porque asegura bien á la vez á un recién nacido y á su pobre madre; y establece un lazo estrecho entre los que, en situaciones tan diferentes, han sufrido las mismas angustias y gozado de las mismas alegrías; y yo he oido á veces con enternecimiento á indigentes obreros, que me decian hablando de una mujer rica y brillante:—¡Ah si la conozco!—Es mi protectora; ¡es mi madre!—Convengamos en que este es un gran elogio.

*El patronato de los jóvenes*, exige los cuidados de personas que puedan disponer de tiempo y de dinero. En las grandes ciudades (y pluguiera á Dios que tambien en las pequeñas) las hermanas abren los domingos sus casas á los jóvenes obreros de todas clases, que fuera se hallan tentados por peligrosos placeres y por más peligrosas relaciones, de las que no les defiende la indiferencia que en general muestran sus familias. En casa de las hermanas se los entretiene, se los distrae, se los protege y se les enseña á rezar, despues que juegan, pasándoseles el domingo gratamente y dejándoles buenos recuerdos. Pero

esta obra excelente necesita de grandes apoyos. Primero es necesario que haya señoras que consientan en cierto modo en adoptar á estos pobres jóvenes, en alentarlos con su proteccion vigilante é íntima, y por fin hace falta dinero.—La casa en que se ejerce el patronato, deberá estar bien iluminada y caliente en invierno; deberá tener una biblioteca, un lugar de recreo; una frugal merienda, no viene mal; una lotería tiene su atractivo. La señora que ejerce el patronato proporciona los lotes, como son un crucifijo, un libro, un corte de vestido, un tocador ó cugin de labor, etc., etc. Tambien hay necesidad de juegos; pero lo que es más importante que todo, es la presencia de una señora en las reuniones del domingo, pues que su voz, su bondad y sus atenciones, ejercen un increíble atractivo sobre esta juventud tan interesante como desgraciada. Las señoras que se dedican á esta obra, se hallan, segun dicen, bien recompensadas por la confianza que inspiran, y por las interesantes virtudes que despiertan en sus protegidos.—A la hermana Rosalía, deben la Francia y París el establecimiento de estos Patronatos. La capital de Francia cuenta ochenta y ocho de ellos, segun lo asegura en su informe el vizconde de Melun:

«En esta ciudad inmensa, en la que se encuentran y se entrechocan á cada instante el *bien* y el *mal*, hay *multitudes* más ignorantes que perversas, las cuales solo esperan un llamamiento, una señal, una puerta abierta para amparar su fé vacilante y dar fuerza á su buena voluntad. Nuestra obra tiene por objeto educar y mantener en la senda del bien á esta juventud y preparar un pueblo de gente honrada, de cristianos sólidos y mujeres virtuosas. Semejante esperanza es á propósito para escitar á todos los espíritus generosos en un tiempo en la Providencia, para hacer desprender los destinos de la humanidad, de la accion que la religion y la caridad ejercen sobre la juventud obrera, para probar que el bien hecho á Dios en la persona de los débiles, de los pequeños y de los abandonados, aprovecha á la sociedad entera.»

Terminamos con estas palabras tan fuertes y tan ciertas; y este artículo no es más que un salon ó un blanco que guie á los jóvenes generosos, que traten de seguir esta senda.

(Traduccion.)

M. B.

## LOS INFELICES.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR TEODORO LLORENTE.

### I.

De noche es en la playa. Triste y pobre  
 Mas bien cerrada, es la cabaña estrecha.  
 Pavorosa el hogar llena la sombra,  
 Mas algo se vislumbra que destella  
 En su incierto crepúsculo. A los muros  
 Penden del pescador las redes secas,  
 Y en rudas tablas ordenados brillan  
 Groseros platos de cocida tierra.  
 Allá en la oscuridad, en los flotantes  
 Pliegues de anchas cortinas encubierta,  
 Pobre cama se ve, y en jergon duro  
 sobre sólidos bancos de madera,  
 A su lado durmiendo cinco niños  
 Nido de almas parecen. Y siniestra  
 De roja luz el techo ennegrecido  
 La llama tiñe que dormida humea  
 En el hogar desierto. De rodillas  
 Una mujer junto a la cama reza  
 Y al rezar palidece su faz triste.  
 Es la madre. Está sola. Y allá fuera  
 Cubierto el hondo mar de blanca espuma,  
 Al cielo y á los vientos y á las peñas  
 Y á las pálidas brumas y á la noche  
 Lanza el sollozo de su cuita eterna.

### II.

El hombre está en la mar. Desde su infancia  
 Con el acaso lucha en tenaz guerra.  
 Marinero nació: ¿Llueve? ¿Qué importa!

¿El cielo entolda lóbrega tormenta?  
 ¡Qué importa!—Sale y á la mar se arroja,  
 Que hambre tienen sus hijos. A la vela  
 Hácese por la tarde, cuando sorda  
 Asciende amenazante la marea.  
 Los cables todos de su frágil barca  
 El solo rige y el timon gobierna.  
 La mujer en la choza los girones  
 Cose hacendosa de las velas viejas;  
 Teje la red y los anzuelos ata,  
 Cabe el hogar, en la cocina vela  
 Do el caldo cuece de la sóbria sopa,  
 Y á Dios eleva su oracion, apenas  
 Vé dormidos en paz los cinco niños.  
 El va, juguete de la mar revuelta,  
 Sobre el abismo en la profunda noche.  
 Frio y oscuridad callados reinan.  
 Nada se vé. Do en rápidas corrientes  
 Enloquecidas se alzan y golpean  
 Los flancos del bajel las turbias olas,  
 Del ancho mar en la estension inmensa,  
 Está el móvil lugar donde las redes  
 Sus mallas cargan de segura pesca,  
 Do sus aletas de bruñida plata  
 Los peces tienden que del mar se albergan  
 En las verdosas rocas. ¡Cuánto esfuerzo  
 En noche helada de Diciembre cuesta  
 Aquel punto que flota entre las ondas  
 Hallar bajo los pliegues de las nieblas!  
 ¡Con qué profundo instinto el viento rudo  
 Ha de medirse y la corriente gruesa!  
 ¡Qué mano tan segura regir debe  
 El fiel timon y combinar las velas!  
 Las olas mueren en la estensa playa;  
 El abismo revuélvese y despliega,

Y á plegar vuelve el ancha superficie  
 Sobre la cual temblando el mástil vuela.  
 Y él, en el seno de la mar bravía,  
 En su querida esposa mucho piensa;  
 Y ella lo llama con dolientes ayes;  
 Y entre las brumas de la noche densas  
 Crúzanse sus amantes pensamientos,  
 Palomas de sus almas mensajeras.

## III.

Reza la esposa, y sus plegarias turban  
 Las marítimas aves, que agoreras  
 Al viento dan sus discordantes gritos;  
 La espanta el mar que entre las rotas piedras,  
 De innoble escollo su furor quebranta;  
 Y vagas cruzan por su mente inquieta  
 Horribles sombras, pérfidas oleadas,  
 Y marinos que van rodando entre ellas.  
 Y en su caja el reloj de metal frio,  
 Palpita, cual la sangre en las arterias,  
 Y gota á gota sobre el mundo vierte  
 Horas, dias, inviernos, primaveras;  
 Y cada vibracion abre á las almas,  
 Alado enjambre do mezclados vuelan  
 Halcones y palomas, de la cuna  
 Y del sepulcro las fatales puertas.

Y la esposa medita previsora:

—¡Qué horrible posicion! ¡Cuánta miseria!  
 Descalzos en invierno y en verano  
 Sus hijos van. Ya trigo no les queda.  
 ¡Pan de centeno!—¡Oh, Dios! El viento silba  
 Cual de la fragua el fuelle en las hogueras;  
 Con el estruendo del golpeado yunque  
 La playa, que las olas baten, suena.  
 Parece que se vé en el cielo oscuro

Arrebatar el viento las estrellas  
 En veloz remolino, cual las chispas  
 Del encendido hogar. Y la hora es esta  
 En que va la traidora media noche,  
 De sombras y pavor la faz cubierta,  
 En alas de los cierzos por los mares;  
 Y al marinero que azorado tiembla  
 Ase con mano fría y en las rocas  
 Que á su voz se alzan súbitas, lo estrella.

¡Horror! ¡Horror! El hombre cuyos gritos  
 Se apagan en la voz de la tormenta,  
 Vacilar siente su bajel que se hunde.

Tenebrosa á sus pies la sima abierta  
 Vé, y en la anilla sólida de hierro  
 Del muelle, donde el sol tomaba, piensa!

Y su espíritu anublan estas vagas  
 Tristes visiones, cual la noche negras;  
 Y se estremece y llora.

## IV.

¡Desgraciada!

¡Mujer del pescador! ¡Cuánto es adversa  
 Tu miserable suerte! ¡Cuán horrible  
 Es decir: «¡Todo lo que mi alma precia,  
 Padre, hermanos, esposo, amigos, hijos,  
 Todos allá, en la mar, entre olas ruedan!»

¡Dios! ¡Ser juguete de volubles aguas  
 Víctima es ser de caprichosas fieras!  
 ¡Oh! Pensar que con seres tan queridos

Al azar las corrientes tal vez juegan,  
 Y que en su trompa retorcida el viento  
 Sobre ellos sopla ráfagas violentas,  
 Que zozobran quizás en este instante,  
 Y que para afrontar la ira soberbia  
 Del piélago sin fondo y de esos cielos

Do ningun astro alumbra las tinieblas,  
 Solo tienen ¡oh Dios! frágiles tablas  
 Y el lienzo volador de su ancha vela!  
 ¡Horrible incertidumbre! Corre loca  
 Sobre ese lecho de bruñidas piedras  
 Que á la orilla amontona la resaca;  
 Asciende, y sus piés baña la marea,  
 Y «mis hijos devuélveme,» le grita.  
 Mas ¿qué quereis que en su siniestra lengua  
 Diga al siempre sombrío pensamiento  
 La amenazante mar, siempre revuelta?  
 ¡Pobre mujer del pescador! Y Juana  
 Aun más es infeliz. Solo navega  
 Su esposo. ¡Solo en tan horrible noche!  
 ¡Solo bajo el sudario de la niebla!  
 Demasiado pequeños son tus hijos,  
 Madre, y exclamas en tu cuita acerba:  
 «¡Si ellos fuesen mayores! ¡Va su padre  
 Tan solo por el mar!.....» ¡Mentidas quejas!  
 Un día, cuando afronten, de tí lejos  
 Con su padre del mar la furia eterna,  
 Dirás, la faz bañada en llanto amargo,  
 «¡Oh santos cielos! ¡Si pequeños fueran!.....»  
 (Se continuará.)

ERRATA.—En el artículo *Actos de honradez*, publicado en el número anterior, pág. 263, línea 34, donde dice *técnica anécdota*, léase *tierna anécdota*, y en la página siguiente, línea 35, donde dice *oscurecer*, léase *socorrer*.